

*But in my arms till break of day  
Let the living creature lie,  
Mortal, guilty, but to me  
The entirely beautiful.*

W. H. AUDEN, *Lullaby*

(Dejad que en mis brazos hasta el alba, / Repose la criatura viviente, /  
Mortal, culpable, pero para mí, / Absolutamente hermosa.)



Primera parte

«¿Es esto deseo?»



El deseo trabaja como el viento. Sin esfuerzo aparente. Si encuentra las velas extendidas nos arrastrará a velocidad de vértigo. Si las puertas y contraventanas están cerradas, golpeará durante un rato en busca de las grietas o ranuras que le permitan filtrarse. El deseo asociado a un objeto de deseo nos condena a él. Pero hay otra forma de deseo, abstracta, desconcertante, que nos envuelve como un estado de ánimo. Anuncia que estamos listos para el deseo y sólo nos queda esperar, desplegadas las velas, que sople su viento. Es el deseo de desear.

Sylvia está sentada al final de la clase, fila de la ventana, penúltimo lugar. Tras ella sólo tiene a Colorines, un colombiano vestido con el chándal de la selección española que dormita a través de las clases del día. Sylvia cumple dieciséis años el domingo. Parece mayor, su actitud algo distanciada la eleva sobre los compañeros. Esos mismos compañeros que ahora estudia.

No es ninguno. Ninguna de estas bocas es la boca que quiero que roce mi boca. Ninguna de esas lenguas la quiero enredada en mi lengua. Nadie tiene los dientes que morderán mi labio inferior, mi lóbulo de la oreja, un rincón del cuello, el pliegue de mi vientre. No es ninguno.

Ninguno.

Sylvia está rodeada en clase por cuerpos a medio hacer,

caras inconexas, brazos y piernas de equivocadas proporciones, como si todos crecieran a impulsos desordenados. Carlos Valencia tiene antebrazos atrayentes y bronceados que asoman poderosos bajo la camiseta, pero es un presuntuoso sin gracia. El Soso Sepúlveda tiene manos delicadas de dibujante, pero es pánfilo, le falta nervio. Raúl Zapata es fofo, definitivamente no es el cuerpo que Sylvia quisiera recibir sobre el suyo como una ola de carne deseada. Nando Solares tiene la cara tomada por los granos y a veces se confunde con la pared de gotelé. Manu Recio, Óscar Panero y Nico Verón son simpáticos, pero niños; el primero tiene bigote de pelusa, el segundo sólo habla a trompicones y el tercero ahora se introduce dos lápices en los orificios nasales y se vuelve para causar risa entre cómplices.

El Tanque Palazón sale con Sonia y le rodea la cintura con su brazo y le palmea el culo con su mano de dedos como salchichas en un gesto posesivo que Sylvia aborrece. Huesitos Ocaña está desnutrido, ha crecido sin freno y cecea; Samuel Torán sólo piensa en fútbol y habría que transformarse en balón para atraer su boba mirada marrón. Curro Santiso es ya, a los quince, un vocacional registrador de la propiedad, un gris contable o un asesor de finanzas prematuro sin ningún interés. El Tolai Sanz está fuera de competición por su, más que inclinación, derrame homosexual; bastante tiene con torear la mofa cruel de los machitos que exageran su pluma, lo acosan o lo empujan con el hombro cada vez que se cruzan con él. Quelo Zuazo habita un planeta aún inexplorado y el Chulo Ochoa asiste al instituto con la misma pasión con la que un ingeniero nuclear aceptaría estudiar primaria. Pedro Suanzes y Edu Velázquez son dos góticos, solitarios, pelo largo, ropa negra, respetados en su automarginación por la sospecha de que planean asesinar al resto del grupo mediante algún método doloroso. El Erizo Sousa es un ecuatoriano con el pelo de pincho y risa de lagartija. Y luego está Colorines, apodado así por la variedad de colores con que viste, casi un arco iris.

El reflejo de sol que entra por el cristal y se posa en las mesas a veces ofrece más interés que la clase. Sylvia desearía saltar con pértiga sobre su edad. Tener diez años más. Ya mismo. Levantarse sin permiso, avanzar entre las filas de pupitres, ganar la puerta y dejar atrás lo que ahora vive. Pese a todo, Sylvia aún no ha caído en la ausencia perfecta de Colorines, que a veces juega con la capucha del bolígrafo entre la espesa selva de rizos de Sylvia, como si soñara con encontrar un tucán o alguna otra ave exótica bajo la mata de pelo negro. A Sylvia no le gusta su pelo. Preferiría la melena rubia de Nadia, la bielorrusa adoptada, o el pelo liso de Alba, dos de sus mejores amigas en clase. Lo bueno del pelo es que al menos no tienes que verlo a todas horas. No ocurre igual con los pechos. Dos años atrás Sylvia suplicaba en secreto para que le crecieran; ahora sospecha que sus deseos se hicieron realidad, demasiado realidad. Como si las plegarias por la lluvia trajeran inundaciones. No se atreve a dar un paso sin su cien de sujetador. Esa prenda que siempre le pareció ortopédica. Por la calle convive con las miradas rijosas que se clavan en ellos, en gimnasia escucha bromear a Santiso y Ochoa con el bamboleo incontrolable, en cualquier conversación hay un instante en el que sus tetas se apropian de la atención, del espacio y del tiempo. Cuando elige una camiseta o un jersey lo hace en competencia con sus tetas, si ellas destacan, el resto de su persona es ignorado. A veces ella misma bromea, no es agradable llegar a todas partes un minuto después que tus tetas. Su amiga Mai le echa en cara que en lugar de camisas compre camisones, ¿preferirías estar plana como yo, que lo mismo da mirarme de espaldas que de frente?, pero Sylvia sospecha que finge envidia para rebajarle el complejo.

En ese mismo pupitre se habrán sentado otros antes que ella, envueltos también por ese sabor agrídulce, por ese deseo de desear. El Instituto Félix Paravicino se fundó en 1932, se amplió en 1967 con un impersonal edificio de hormigón que insulta a su original belleza de ladrillo, y en 1985 pasó de femeni-

no a mixto. En el edificio antiguo las escaleras son amplias con suelo de dibujos trenzados bien elaborados y barandilla de madera con un doblez adictivo que miles de manos jóvenes acarician cada día. En el edificio nuevo las escaleras son estrechas y de terrazo de váter, con reposamanos de pino barato barnizado en brillo. En el edificio viejo las ventanas son amplias, con dos hojas de madera y un cierre de hierro que gira con un roce agradable. En el edificio nuevo las ventanas son de aluminio, con un mango que cruje al accionarse. Los pasillos del viejo edificio son anchos, luminosos, de azulejo modernista. En el nuevo son pasillos angostos, oscuros, jalonados de puertas menudas de madera hueca. Cuando alguien pasa de un edificio a otro sufre un bofetón estético; si sirviera de juicio concluyente, el progreso sería considerado aborrecible.

El viernes le resulta más insoportable la sucesión de asignaturas. Doña Pilar, de historia, a primera hora. Apodada «Yo estuve allí» porque por lejano que sea el episodio que explique aparenta edad suficiente para haberlo vivido. Dicen que ha logrado falsificar el certificado de defunción para simular que sigue viva. En el panteón familiar le han dado un ultimátum: le guardan el sitio un par de meses más. A Dionisio, de inglés, le brillan los ojos más que a los alumnos cuando llega el final de clase, aunque no parece esperarle nada más excitante que la prensa deportiva o quizá alguna conexión a internet de esas donde salen tías haciéndoselo con un caballo. Carmen, de lengua, tiene un problema nervioso en la mandíbula y se marca de límite hablar diez minutos; el resto lo dedica a ejercicios sintácticos. Durante la clase se lleva la mano a la quijada como si fuera a desprendérsele, y aunque transmite un sufrimiento perpetuo, los alumnos aseguran que todo se debe a sus salvajes prácticas de sexo oral. Don Emilio, de física, recorre incansable los pasillos entre pupitres, como si aspirara a batir una marca olímpica. Sus estudiantes se lo imaginan al llegar a casa orgulloso, cariño, hoy siete kilómetros en cuatro clases. Octavio, de matemáticas, tiene un bigote poblado

y parálisis de cuello, se escora hacia la derecha tieso e inestable, como si soplara un viento intenso del lado opuesto. Es el único que a veces les depara la alegría de interrumpir la clase para hablar de la realidad, les comenta un programa de tele, una noticia curiosa o los ayuda a calcular lo que significa una subida de precios aplicada a sus intereses juveniles. Cualquier posibilidad de aparse de la clase durante un instante es recibida como una fiesta. El año pasado al Bombillo le dejaban el periódico sobre la mesa para provocar que lo comentara y hacer pasar la hora. Para Sylvia los profesores tienen aspecto de haber interrumpido su existencia real para ser sólo profesores. Si los encuentra por la calle le resultan irreconocibles, como un médico fuera de la consulta. Algo parecido a lo que le contó su madre en una ocasión en que fue al teatro y desde la fila de delante alguien la saludó con familiaridad. Sólo al llegar al tercer acto cayó en la cuenta de que era su dentista.

Pero Sylvia no tiene mejor opinión de sus compañeros. La clase es un coro de bostezos. En los descansos corren a agruparse, como si temieran quedarse un segundo a solas. En la cafetería o en el patio se congregan ante una revista o la pantalla del móvil e intercambian entre risotadas desafinadas mensajes breves. Luego están los deportistas, para quienes la clase es un tiempo intolerable de banquillo antes de continuar el partido eterno. En el patio se disputan seis partidos simultáneos de fútbol, uno de ellos con una pelotita de tenis en versión reducida del juego no apta para miopes. Sylvia y sus amigas no pueden descuidarse, porque siempre hay alguien que practica puntería con balonazos contra sus culos o sus vientres y toca disimular el dolor mientras los demás celebran la broma. Los ausentes son aquellos que no han logrado infiltrarse en ningún grupo mayoritario y vagan por las instalaciones como camaleones que ocultan su soledad. Y están los que se toman en serio los estudios, que intercambian material en la biblioteca y a menudo durante los recreos no salen del aula.

A veces, cuando algún profesor termina la explicación y pregunta si ha quedado alguna duda, Sylvia tiene ganas de levantar la mano y decir sí, ¿podría volver a empezar desde el principio?, pero desde el principio del principio, desde que nacemos, porque aún no he comprendido nada en estos casi dieciséis años de vida.

El verano ha terminado. Un par de semanas atrás, el primer sábado de curso, Sylvia salió con su amiga Mai. Conoció a un chico y se emborracharon de cerveza. Sólo hacía tres meses que había comenzado a beber alcohol. Bailaron juntos sudando en el calor del local abarrotado, y Sylvia acabó con la espalda contra la pared del baño, la vista fija en un quebrado azulejo color canela, la saliva cercana de él, su aliento, y su mano nerviosa que después de fracasar con el cierre del sostén forcejeaba para lograr entremeter los dedos bajo las bragas. El baño estaba sucio, el chico se llamaba Pablo y era imposible entender lo que decía entre susurros húmedos contra su oreja por culpa de la música atronadora. Le costó separarse y salir corriendo entre los charcos de pis del baño para buscar aire en la calle. Cuando levantó la vista él la miraba inmóvil desde la acera de enfrente.

Tampoco iba a ser él. Él tampoco.

Por suerte Mai se la llevó a casa y logró borrar el rastro de humo, cerveza y deseo confuso. No te obsesiones. La virginidad se pierde con el pensamiento, decía Mai. Con el pensamiento y con las pajas, rica. Tú no eres virgen, Sy, lo único que te pasa es que aún no has estado con ningún hombre.

Mai vivía a seis calles de Sylvia, aunque se habían empezado a tratar en el instituto. Ella era un año mayor, pero compartían rincón en la cafetería, una especie de fortín donde Mai ejercía el derecho de admisión con latigazos de su lengua viperina. Sólo unos pocos tenían acceso a compartir el mundo de sus gustos. Sylvia había modelado los suyos propios con el criterio firme de Mai. Gracias a ella se había puesto la primera falda corta, las primeras medias negras, las botas de suela gruesa y, aunque aún

no se había atrevido con las camisetas sin hombreras por temor al escándalo de su busto, el anillo de plata que compraron juntas en un mercadillo de artesanía Mai se lo colocó a Sylvia en el pulgar. Empezó a escribir su nombre con «y» como ella le sugirió y a escuchar música decente. Para Mai la música se dividía en decente y el resto. Mai se había taladrado la nariz con un arete plateado, meaba de pie y fumaba desde los trece años.

El verano pasado Mai se había liado con un chico que conoció en Irlanda, mientras estudiaba inglés. Se pasó todo el mes de julio follando, según le anunciaba a Sylvia en lacónicos correos. «Sy, soy otra. ¡Sí, soy otra!», le escribió un día. Cuando las amigas se reencontraron en el aeropuerto, Sylvia sintió que Mai era otra. Los granos de la barbilla le habían desaparecido, había salteado su pelo negro con mechas rojas y el corte dejaba que el flequillo le tapara un ojo, mi ojo feo. Se había tatuado una enredadera con hojas en forma de cuchillas de afeitar alrededor del tobillo izquierdo y ahora se duchaba casi a diario. A Sylvia le parecía que la boca de Mai era más carnosa, los labios más voluptuosos. Pero donde se había dado la mutación absoluta era en la risa de Mai. Ya no se reía con el desprecio algo torcido con que acostumbraba. No. Ahora le brotaban carcajadas libres que nacían muy adentro de ella, una auténtica risa franca que a Sylvia le olía a sexo y satisfacción.

Es como si el coño hubiera empezado a formar parte de mi cuerpo con todos sus derechos y no como antes, que parecía el realquilado del bajo derecha. Luego le hablaba de Mateo. Es de León, así que inglés no he practicado mucho.

Sylvia escuchaba a Mai hablar de su relación y sentía algo extraño. Aún no lo identificaba como el deseo que silba junto a su oreja.

En su pocilga, como Mai llamaba al cuarto de su casa repleto de cedés y ropa de mercadillo, no entraba el romanticismo. Pero ahora cada viernes se montaba en un autobús para pasar el fin de semana con su chico en una vieja casona del Bierzo. Te

convertirás en una aldeana de mejillas sonrosadas, le decía Sylvia, y la broma encubría el temor a la pérdida de complicidad.

En la mesa de la cafetería se les unía Dani. Iba a clase con Mai y su amistad había nacido de una manera espontánea. Un día en que Mai tarareaba incansable una canción, apoyada en un inglés de pega, Dani le tocó el hombro y le tendió una hoja usada de papel. En los márgenes había escrito la letra de la canción. Hasta entonces no había hablado más de dos monosílabos con ese chico de gafas finas plateadas y mirada huidiza. La canción era de un grupo de Denver que lideraba un tipo oscuro que daba los conciertos rodeado de sus músicos pero sentado en un butacón de orejas. Se titulaba «Let's Pretend the World Is Made for Us Only» y precisamente a ese mundo acotado por uno mismo en el que Mai decía vivir se sumó Dani.

Ese viernes Mai se fuma las dos últimas clases para llegar al autobús de la Alsa con destino León que sale a las tres y media. Sylvia la ve alejarse del instituto con los auriculares bajo la melena, los andares de hombre y las botazas negras a juego con la exagerada sombra de ojos.

A la hora de la salida, Sylvia tropieza con Dani. En realidad le ha esperado para tropezar con él, tras dar vueltas inquieta frente al tablón de anuncios de la recepción. Satur, el bedel, lee un periódico de fútbol y despide con una inclinación de cabeza a cada profesor que sale; a los alumnos sólo les dedica un mastocado desprecio. Al fondo del distribuidor hay un cuadro enorme del fraile que da nombre al instituto, una reproducción del retrato pintado por El Greco, con un lema grabado en letras estilizadas: «Ni tan soberbio que presuma agradar a todos, ni tan humilde que ceda al descontento de algunos». Mil veces los ojos de los estudiantes repasan la frase sin acabar de entenderla ni prestarle atención.

Sylvia finge encontrarse con Dani por azar y él levanta los ojos de la revista gratuita que lee, una de esas biblias del gusto juvenil.

Oye, Dani, el domingo celebro mi cumpleaños en casa. ¿Ah, sí? Felicidades. Hago una fiestecita... Vendrá Mai. Y algunos más. ¿Te apuntas? Dani tarda un instante en contestar. ¿El domingo? Sí, por la tarde, pronto. A eso de las cuatro y media, cinco. Ah, pues no sé cómo lo tengo.

Caminan por la calle. Coches en doble fila y ruido de bocinas. Los viernes se atasca la salida norte. El cruce de avenidas está presidido por un Corte Inglés triunfante como una catedral moderna. Una actriz americana y rubia con nariz sospechosa de puro perfecta invita a consumir el otoño. El pantalón vaquero de Dani cae de su cintura, con los bajos deshilachados a la altura de los talones. Sylvia está convencida de que sus labios son demasiado finos y los potencia con un gesto ensayado dos mil veces ante el espejo, la boca entreabierta.

¿Habrá patatas fritas, coca-cola, medias noches?, pregunta él. Sí, claro, y un payaso que infle globitos con formas de polla, Sylvia se recoloca la mochila en el hombro. ¿Cuento contigo? Dani asiente. Dieciséis años, ¿no?, dice luego. Ya ves, dieciséis. Una vieja.

Al caminar el pelo de Sylvia flota sobre sus hombros. Lo lleva suelto y al descender el bordillo se eleva ingrátido y vuelve a posarse. Dani va hacia el metro. Al despedirse, ella está a punto de decirle la verdad. No hay ninguna fiesta. Es todo una estúpida maniobra para forzar una cita a solas. Pero se limita a contestar a su chao con otro idéntico.

Sylvia camina hasta casa. Hay una ligera brisa que llega de su espalda y que empuja un rizo hacia su mejilla. Como hace siempre que está nerviosa, Sylvia muerde el mechón de pelo y camina con él en la boca.

## 2

Aurora se rompió la cadera de una forma nada aparatosa. Al salir de la bañera, levantó la pierna para salvar el borde y de